

## Contexto y punto de vista en el Abencerraje

Antonio REY HAZAS  
Florencio SEVILLA ARROYO  
Universidad Autónoma de Madrid

Habérselas con una obra maestra siempre es labor ardua para un estudioso de la literatura, sobre todo si es de pequeñas proporciones, gran calidad artística <sup>1</sup> y han mediado ya, previamente, trabajos de mérito sobre la misma, como sucede en este caso con los del profesor justamente homenajeado aquí <sup>2</sup>, entre otros. Con todo, el reto sirve también de acicate; no sólo amedrenta, sino que anima a indagar nuevos enfoques que, si es posible, iluminen este espléndido texto quinientista.

Ciertamente, la construcción de la novelita se ha estudiado <sup>3</sup>, aunque para ello sólo se han tenido en cuenta temas y motivos, sin considerar al unísono las técnicas formales, sin dar la importancia debida, según creo, a la perspectiva de la narración, que me parece fundamental. El estudio en cuestión, además, se ha centrado exclusivamente en la versión del *Inventario* de Villegas, la más lograda de las que se conservan, sin duda, pero cuya morfología es coincidente, en líneas generales, con la insertada en la *Diana* de Montemayor, la más difundida y leída, por lo que se hace necesario tenerla presente. Máxime si observamos que la estructura de ambos textos es sustancialmente la misma, con la excepción casi única del relato acerca de la honra del marido defendida por el amante, esto es, por Rodrigo de Narváez, intercalado únicamente en el *Inventario* con la función obvia de contrarrestar la ventaja que el moro lleva al cristiano en el amor. Porque el hecho de que el intercambio final de regalos y cortesías se exprese median-

---

<sup>1</sup> «... apenas hay en nuestra lengua novela corta que la supere», en palabras de Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega* (Madrid: CSIC, 1949), p. 213.

<sup>2</sup> FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA: *El Abencerraje y la hermosa Jarifa: Cuatro textos y su estudio* (Madrid: Publicaciones de la RABM, 1957); «Sobre el cuento de la honra del marido defendida por el amante, atribuido a Rodrigo de Narváez», en *RFE*, 47 (1964), pp. 331-339; «Tres notas al *Abencerraje*», en *RHM*, 31 (1965), pp. 265-273; *El Abencerraje (Novela y Romancero)* (Madrid: Cátedra, 1983).

<sup>3</sup> Me refiero al estudio de Joaquín GIMENO CASALDUERO: *El Abencerraje y la hermosa Jarifa: composición y significado*, en *La creación literaria de la Edad Media y del Renacimiento* (Madrid: Porrúa Turanzas, 1977), pp. 83-112.

te dos cartas en la versión de Villegas, y se narre en tercera persona en la *Diana*, no modifica nada sustancial, ya que en ambos casos la perspectiva dominante es la del narrador, puesto que preside tanto las dos epístolas de una, como la narración sin misivas de la otra. La prueba es que la carta funcionalmente imprescindible, la que Narváez dirige al rey de Granada para interceder por los dos enamorados, se mantiene en ambas versiones.

Por ello, creemos que, si analizamos los temas junto a la técnica, la evolución de la trama al lado del punto de vista de la narración, la estructura básica del *Abencerraje* (en sus dos principales realizaciones) aparece dividida en tres partes perfectamente marcadas por los dos encuentros entre el moro y el cristiano, y por el cambio de perspectiva narrativa de acuerdo con el siguiente esquema <sup>4</sup>:

- A. HISTORIA: — perspectiva: tercera persona  
 — lugar: Álora y sus alrededores  
 — personajes: Rodrigo de Narváez  
 — función: representación  
 — acción: en busca del honor que da el combate.
1. Encuentro: — perspectiva: tercera persona  
 — lugar: Álora y sus alrededores  
 — personaje nuevo: Abindarráez  
 — acción: lucha 1) el moro derrota a cinco cristianos  
 2) Narváez derrota al moro
- B. PRE-HISTORIA: — perspectiva: primera persona  
 — Autobiografía de Abindarráez.
- C. HISTORIA: — perspectiva: tercera persona  
 — lugar: Álora-Coín-Álora  
 — personaje nuevo: Jarifa  
 — acción: libertad bajo palabra y plazo de tres días, reunión con Jarifa, boda secreta y regreso.
2. Encuentro: — perspectiva: tercera persona  
 — lugar: Álora  
 — personajes: unión de Abindarráez, Jarifa y Narváez  
 — acción: el cristiano los libera e intercede por su perdón, agradecimiento del moro, correspondencia de Narváez.

<sup>4</sup> Reproducimos, modificándolo, un breve estudio de Antonio REY HAZAS: «La novela pastoril, morisca y bizantina», en *Historia de la Literatura Española* (Madrid: UNED, 1976), I, pp. 85-86.

Este esquema muestra la equilibrada composición de la novela, la plena correspondencia entre construcción y visión del mundo que plasma, ya que a un cambio importante de la trama, a un cambio de acción, tiempo y lugar (HISTORIA-PREHISTORIA-HISTORIA), corresponde otro paralelo en el punto de vista que preside el relato (3.<sup>a</sup> persona-1.<sup>a</sup> persona-3.<sup>a</sup> persona), estableciéndose así un conjunto armónico y simétrico de obvias correlaciones entre fondo y forma. Además, las dos partes que denominamos HISTORIA están resaltadas por los encuentros que tienen lugar a lo largo de la novela entre Abindarráez y Rodrigo de Narváez, los cuales conforman la verdadera clave constructiva y significativa de la obra. El desarrollo morfológico, por otra parte, es lineal y progresivo, pues se lleva a efecto mediante la gradual entrada en escena de los personajes principales: 1.<sup>o</sup> Narváez, 2.<sup>o</sup> Narváez y Abindarráez, 3.<sup>o</sup> Abindarráez y Jarifa, 4.<sup>o</sup> Narváez y Abindarráez y Jarifa.

En tanto que construcción equilibrada y proporcionada, la estructura del *Abencerraje* se adecúa perfectamente a la igualdad que se establece entre los dos héroes de la obra, entre Narváez y Abindarráez, semejantes en «virtud, liberalidad, esfuerzo, gentileza y lealtad»<sup>5</sup>, por lo que ambos «formaron y dibujaron todo el cuerpo»<sup>6</sup> del relato. La simetría morfológica corrobora así la insólita relación de amistad y armonía que une a los dos protagonistas del texto, a pesar de ser enemigos, a pesar de estar racial y religiosamente enfrentados. Y es que la novela formula un verdadero «imposible histórico», al «convertir la guerra en un medio para lograr la amistad, que es una de las manifestaciones de la paz»<sup>7</sup>, y hacerlo además entre seres de pueblos y creencias tradicionalmente enzarzados a la greña, sin que, increíblemente, la fe influya lo más mínimo en sus conductas, capaces de «establecer una armonía que implica ambas leyes, cristiana y mora, sin supeditar la una a la otra»<sup>8</sup>.

Esta auténtica joyita literaria presenta a dos caballeros, uno cristiano y moro el otro, fieles ambos a sus respectivos linajes, comunidades y credos, ajenos por completo a todo proselitismo, carentes de afán evangelizador, respetuosos con la ley del contrario..., que se encuentran por azar, luchan, uno es derrotado y apresado..., y sin embargo, en vez de su desgracia, lo que se inicia es el proceso que le conduce hacia la felicidad. ¿Por qué? Por el mero ejercicio de sus virtudes personales, porque son dos héroes ejemplares y arquetípicos.

De ahí que el amor, no obstante su grandeza, sea sólo un subtema de la

<sup>5</sup> En palabras de la nota introductoria que el texto lleva en la versión de Villegas, *El Abencerraje*, ed. López Estrada. (Madrid: Cátedra, 1983<sup>3</sup>), p. 103. De ahora en adelante siempre citaré por esta edición.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 103.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 41.

novela, ya que su desarrollo no es autónomo, sino que está ligado al tema central de la *virtus* neoestoica y sus secuelas (generosidad, lealtad, honradez...). La función del amor es destacar el tema principal. Por eso, Abindarráez regresa a prisión en el momento mismo en que acaba de lograr su más querido anhelo, Jarifa, porque había dado su palabra de volver, esto es, por lealtad y honestidad. Asimismo, en paralelo, Rodrigo de Narváez es capaz de abandonar a una hermosa dama que se le ha rendido, según el cuento del viejo, al enterarse de que su marido le honraba, anteponiendo así el honor del cónyuge a su propio deseo. En ambos casos, paralelamente —bien es cierto que mucho más en el moro que en el cristiano— el sacrificio de amor sirve para realzar aún más la calidad modélica, la virtud ejemplar de los dos héroes.

Pero no todo es igualdad entre el Abencerraje y el alcaide de Alora, pues una cierta gradación jerárquica preside sus relaciones, como muestran los dos encuentros que tienen lugar entre ambos caballeros. Por ello nos damos cuenta de que el personaje fundamental es Rodrigo de Narváez, ya que el cristiano es el motor que impulsa y hace posible la felicidad final de los enamorados moros con su magnanimidad y generosidad. Gracias a la intervención de Narváez, la obra desarrolla el paradójico significado que la define, conforme al cual la **PRISIÓN** es el medio de lograr la **LIBERTAD** y de solventar los obstáculos que se oponen al amor, o lo que es lo mismo, de conseguir la **FELICIDAD**. En el primer encuentro, es decir, por obra del primer apresamiento, Abindarráez se reúne con Jarifa y consume al fin su pasión en secreto. El segundo encuentro, esto es, su segunda prisión, es la plataforma para que Abindarráez y Jarifa logren el perdón paterno y la armonía definitiva, merced, una vez más, a la intercesión de Rodrigo de Narváez. En ambos casos, pues, el alcaide de Alora se constituye en impulsor de todo el entramado de la acción.

De este modo, a la igualdad básica de los dos héroes se une la gradación, que da la primacía al caballero cristiano; pues si ambos tienen virtudes similares (valor, caballerosidad, generosidad, honradez, lealtad, amistad...) Narváez toma la iniciativa que conduce a la apoteosis final. Bien es cierto que el mayor sacrificio lo hace el moro al subordinar su inmenso amor por Jarifa a la lealtad debida a su apresador; pero esta acción modélica es posterior, es correspondencia con la primera, no menos ejemplar del cristiano.

La estructura, en todo caso, corrobora tan sutil jerarquización de acciones arquetípicas, puesto que la novela, escrita en su mayor parte desde la tercera persona, adopta siempre con tal enfoque la perspectiva de Rodrigo de Narváez, además de configurarlo como superior en armas y virtud. Así, mientras el punto de vista dominante en la narración, la tercera persona, se identifica con la óptica del caballero cristiano, en cambio no hace lo propio con el guerrero moro, quien se sirve de la primera persona autobiográfica para relatar su vida. ¿A qué fin? ¿Por qué el autor-narrador cede la

voz a Abindarráez únicamente para que cuente su vida? ¿Por qué no la narra él mismo, al igual que hace con la de Narváez? En principio parece evidente el deseo de que sea el Abencerraje quien asuma la responsabilidad del enfoque que el texto ofrece sobre su origen, nobleza y cualidades, al hacerle narrador de su biografía. De esta manera, el autor se inhibe, y es Abindarráez quien afirma las virtudes excelsas de su aristocrático linaje de los Abencerrajes. Es más, el narrador no sólo no se compromete al respecto, sino que se permite dudar acerca de lo expuesto por el moro sobre su familia, dada la apasionada defensa que hace de ella:

«Rodrigo de Narváez, que estaba mirando con cuánta pasión le contaba su desdicha, le dijo:  
—Por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazón que a los Abencerrajes se hizo fue grande, porque no es de creer que siendo ellos tales cometiesen traición.  
—Es como yo lo digo —dijo él—»<sup>9</sup>.

El narrador, así pues, no se compromete con la autobiografía del moro, a quien cede toda la responsabilidad sobre la misma, manteniendo siempre una óptica ajena, que se inhibe e incluso duda, desde el lado cristiano, desde el lado de Narváez.

Sin embargo, cuando la novela prosigue tras el relato del caballero granadino, vuelve otra vez la tercera persona a servir de cauce para el suceso, y con ella se retoma el punto de vista del narrador, momentáneamente cedido. Y entonces, curiosamente, sí se identifica con los hechos del moro, sí asume sus nobles acciones. ¿Por qué? Porque ahora tales hechos grandiosos, como el sacrificio de su insuperable amor, son correspondencia a la actitud previa y por ello más magnífica del cristiano. Es decir, que asume la responsabilidad de glorificar al moro sólo cuando tal encumbramiento implica otro mayor para Narváez; cuando las acciones ejemplares del Abencerraje son dependientes de las del cristiano. Y todo a fin, creo, de que la perspectiva quede bien clara, puesto que quien actúa con independencia y libertad completas, generosidad total y grandeza suma es Rodrigo de Narváez.

Ahora bien, ¿por qué es necesario realzar la perspectiva del relato? ¿Por qué el juego de ópticas diferentes? ¿Por qué la relación de igualdad básica y, simultáneamente, de subordinación? Debemos responder a estas cuestiones, y más porque, significativamente, la distinción religiosa y racial no condiciona en absoluto estos hechos. Por tanto, si no hay problemas de ley o de casta, el enfoque del relato no responde a planteamiento alguno de tipo casticista o nacionalista. ¿A qué, entonces? Para contestar a esta pre-

<sup>9</sup> Así en el texto del *Inventario*, ed. cit., p. 115. Pero no hay tal duda en la versión de la *Diana*. Cfr. Jorge de MONTEMAYOR: *Los siete libros de la Diana*, ed. López Estrada (Madrid: Espasa-Calpe, 1970), p. 209.

gunta se hace imprescindible analizar el contexto de la obra y su posible recepción.

Hay un sentido universal e intemporal en la novela, accesible sin excesivas dificultades a cualquier lector, desde el siglo XVI hasta el siglo XX, cifrado en su optimismo utópico e idealista, en su *confianza absoluta en los valores del hombre* individualmente considerado. Por encima de cualquier circunstancia adversa, aunque sean contrarias las fuerzas de la misma fortuna<sup>10</sup>, en contra incluso de la guerra abierta entre seres de diferentes razas, credos o nacionalidades, el ser humano puede imponer sus propias virtudes, vencer el más enconado condicionamiento social o cultural, superar el más abrupto escollo, transformando, con sus solos medios, lo negro en blanco, lo enemigo en amigable. De ahí la paradójica trama de la novelita, por virtud de la cual, la GUERRA produce amistad y PAZ, la PRISIÓN es el mejor camino hacia la LIBERTAD, la DESGRACIA crea la FELICIDAD suma... Y todo ello sin que intervengan elementos ajenos a la propia individualidad del hombre, sin que ni la divinidad, ni el estado, ni la sociedad, ni la raza, ni las costumbres se interpongan. El hombre solo, con sus propias cualidades, se basta y se sobra para solucionar los más arduos conflictos, para llevar a buen término las más tenebrosas adversidades.

Tal es la lección universal del *Abencerraje*, tal su ejemplaridad. Claro que, en el XVI, tan arquetípicos seres tenían que ser, obligadamente, nobles o caballeros. Claro que, dadas sus fechas de escritura y publicación, pueden vislumbrarse las bases filosóficas de idealismo neoplatónico que subyacen a tan paradigmáticos comportamientos. Y, por supuesto, desde la cultura de su propia época, en suma, resulta obvia la calidad totalmente renacentista de la novela, que por su confianza plena en los valores espirituales del ser humano, por su defensa del individualismo, por su verdadera profesión de fe en el hombre, al que ve capaz siempre de solventar cualquier circunstancia adversa, es una de las más rotundas afirmaciones españolas del Renacimiento, quizá la más explícita apología de los valores humanistas de la literatura del quinientos.

Tal significado, aunque plenamente inserto en el saber de su época, choca en cambio frontalmente con las estructuras sociales, políticas y religiosas de la misma<sup>11</sup>, como es obvio; choca con el entramado de un estado moderno y absolutista que, bajo la tutela de Felipe II, impone no ya los valores nacionales, contrarios al individualismo, sino incluso los suprana-

<sup>10</sup> Aunque no tengo espacio ni tiempo para comentar este hecho, me parece fundamental, pues incluso contra los casos de la fortuna («mi fortuna me fue adversa», dice Abindarráez, p. 112), se impone el propio valer del hombre (: «puede más mi virtud que tu ruin fortuna», dice Rodrigo de Narváez, p. 122).

<sup>11</sup> Cfr. Claudio GUILLÉN: «Individuo y ejemplaridad en el *Abencerraje*», en *Collected Studies in Honour of Américo Castro's 80th Year* (Oxford: Lincombe Lodge Research Library, 1965), p. 178.

cionales, por obra de un imperialismo que se ampara en la todopoderosa razón de estado y, desde luego, en la Iglesia, su gran aliada, asimismo proclive a forzar la existencia de una sola ley, de una sola fe, la católica, por encima de todo, en contra de todo <sup>12</sup>. Así, el *Abencerraje*, que se difunde hacia 1560-1565 <sup>13</sup>, adquiere un sentido contextual de evidente disconformidad con el sistema imperante, fruto probable de una minoría intelectual ajena al poder que no encontró otros cauces de expresión que los meramente literarios.

Y en este punto podemos empezar a entender, según creo, la relación existente entre contexto histórico y perspectivismo novelesco. Dado que la magna lección de tolerancia religiosa que ofrece la narración bien puede referirse, no ya a los moros, vencidos sesenta o setenta años antes, sino a los moriscos (y judíos conversos) abundantes y marginados en la España del rey Prudente, precisamente por eso, y a pesar del respeto a las diferencias propugnado, debe quedar más que claro, nítido para cualquier lector que, en todo caso, el punto de vista dominante es cristiano, ya que son cristianos los que pueden dar feliz solución al conflicto con los moriscos en la vida real española de hacia 1560-1565, como en la obra literaria hace el cristiano Rodrigo de Narváez con el moro Abindarráez.

Las dos versiones más autorizadas de la novela, las del *Inventario* y la *Diana*, posiblemente fueran obra de conversos, si hemos de creer a M. Bataillon y Claudio Guillén, que han encontrado rasgos de nueva cristianidad en Villegas y Montemayor <sup>14</sup>. Si esto es así, parece aceptable pensar que el mensaje de la espléndida novelita, «su exaltación de una actitud moral aún más generosa que la tolerancia, ya que no consistía en perdonar diferencias sino en superarlas o trascenderlas, hallaría muchas simpatías en la clase de los cristianos nuevos» <sup>15</sup>.

Sin embargo —aunque muy bien podrían extrapolarse asuntos moriscos a los judíos conversos, dada la similitud de su problema religioso y casticista— la novela trata asuntos que incluyen sólo a cristianos y moros, por lo cual creo que el sentido contextual se refiere fundamentalmente (aunque no en exclusiva, quizá) a los moriscos, minoría que precisamente por las fechas en que se difunde el *Abencerraje* se halla sometida a presiones muy poderosas, pues «el *modus vivendi* establecido tras los acontecimientos

<sup>12</sup> Cfr. George SHIPLEY: «La obra literaria como monumento histórico: el caso del *Abencerraje*», en *Journal of Hispanic Philology*, 2 (1978), pp. 103-120.

<sup>13</sup> En 1561 se publican los textos que López Estrada ha denominado *Crónica* y *Corónica*, entre este año y el siguiente la versión intercalada en la *Diana*, según hagamos caso de la fecha que figura en la portada o en el colofón, y en 1565 *El Inventario* de Villegas, aunque puede que estuviera escrito desde 1551.

<sup>14</sup> Cfr. Mareel BATAILLON: «¿Melancolía renacentista o melancolía judía?», en *Varia lección de clásicos españoles* (Madrid: Gredos, 1964), pp. 39-54; y Claudio Guillén: «Individuo...», pp. 192-194.

<sup>15</sup> Claudio GUILLÉN: «Individuo...», p. 182.

de 1525-1526 permanecía en estado precario, y el equilibrio difícilmente mantenido durante treinta años se rompió en los años de 1555-1568»<sup>16</sup> y en concreto «desde 1555, poco más o menos, es decir, desde la llegada al poder de Felipe II, ninguna transacción era ya posible con los disidentes»<sup>17</sup>. Coincidiendo con los años de publicación de la novela, pues, la situación de los moriscos españoles, sobre todo de los granadinos, se había hecho insostenible. Los Mondéjar, Capitanes Generales de Granada, sus valedores seculares, y concretamente el conde de Tendilla, que accedió al cargo en 1543, «se vio acosado por sus enemigos, tanto en Andalucía como en la Corte»<sup>18</sup>, ya que, por un lado el cardenal Espinosa, presidente del Consejo de Castilla, radicalmente opuesto a la heterodoxia religiosa que Tendilla permitía en sus feudos alpujarreños; por otro, Pedro de Deza, hombre de confianza del cardenal y defensor además de la autoridad de la Chancillería granadina frente a la del Capitán General, e incluso el propio Felipe II, temeroso de la alianza de los moriscos españoles con los turcos; todos ellos, poderosos enemigos, se pusieron en contra de la tradicional postura de los Mondéjar, siempre tolerantes con las costumbres, hábitos y creencias de los moriscos de la Alpujarra. La intolerancia se fue acentuando peligrosamente, aumentaron las expropiaciones, La Inquisición agravó su represión religiosa, se prohibieron atuendos, ritos, costumbres, lengua, credo... Y, por si no fuera poco, el aumento de impuestos sobre la seda, principal medio económico de los moriscos, así como la prohibición de exportarla contribuyeron decisivamente a oscurecer aún más el sombrío panorama. Ante tales y tantas presiones, los seguidores de Aben Humeya se sublevaron el 24 de diciembre de 1568.

El Abencerraje no parece ajeno a esta cuestión, pues se difundió a partir de 1561, esto es, en el momento justo en que se estaba agravando desmedidamente la situación de los moriscos, cuando el debate entre Tendilla y sus adversarios seguía planteándose en términos explícitos tolerancia/intolerancia. Al final, ya se sabe, ganaron los ortodoxos inflexibles, pero la narración bien pudo tener la intención implícita de intervenir en tal polémica, a causa de su ejemplar lección de tolerancia religiosa entre un cristiano y un moro, fácilmente aplicable a la realidad inmediata. Sobre todo si pensamos que el respeto a las diferencias, literariamente propugnado ahora, había servido para mantener en paz a la comunidad islámica durante muchos años, y que su ruptura acarrearía la guerra. Sería demasiado ingenuo entender tantas y tan significativas coincidencias como producto de la mera casualidad. Y más porque el *Inventario* de Villegas va dedicado

<sup>16</sup> Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ y Bernard VINCENT: *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría* (Madrid: Biblioteca de la Revista de Occidente, 1979<sup>2</sup>), p. 28.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 30.

<sup>18</sup> J. H. ELLIOTT: *La España Imperial. 1469-1716*. Barcelona: Vicens Vives (1965), pp. 254-255.



a Felipe II, sin que haya relación alguna, que se sepa, entre el monarca y el creador de la más acreditada versión de la novelita. ¿Estaría el autor apelando así a la transigencia del soberano?

Una lectura en tal sentido se vería corroborada por el hecho de que el texto de la *Corónica* se dirigió a Jerónimo Jiménez de Embún, noble aragonés emparentado al parecer con judíos conversos, defensor de los moriscos por razones económicas, y ligado a un grupo de aristócratas conterráneos partidario de mantener los hábitos y creencias de los moriscos aragoneses lejos de la intervención del Santo Oficio <sup>19</sup>.

Esta excelente novela corta, en definitiva, con su sentido superador de las más acentuadas diferencias, con su confianza renacentista en la capacidad del hombre para convivir en paz y trascender distingos de ley o de casta, sin forzar en ningún caso cambios de fe, publicada entre 1561 y 1565, según sus distintas versiones, alumbradas todas ellas al calor de la polémica, cuando las tensiones entre moriscos y cristianos se estaban agudizando más, intentó difundir una obvia lección de transigencia entre sus lectores quinientistas. Como estos eran en su mayor parte cristianos viejos, y a ellos se dirigía, resaltó constructivamente el punto de vista cristiano del relato, el de Rodrigo de Narváez, para que no se confundiera en ningún caso la tolerancia propugnada con la igualdad total, para que se pudieran captar mejor los matices que otorgaban superioridad indiscutible al cristiano, sin rebajar por ello al Abencerraje. Era necesario que así fuese, a fin de que, por un lado, no suscitara duda alguna el bando al que pertenecía el narrador, y porque, de otro, eran únicamente cristianos los que podían tomar la iniciativa, mediante acciones tan cabales y comprensivas como las del alcaide de Alora, puesto que eran ellos los únicos que tenían el poder político para hacerlo; eran ellos, los vendedores seculares, quienes podían ser generosos y magnánimos con los vencidos, para que los oprimidos moriscos pudieran corresponder, a su vez, con acciones del mismo talante noble, para que reconocieran así con gratitud, como hace el caballero granadino en la postrer carta que envía a Narváez, que: «las buenas obras, prisiones son de los nobles corazones» <sup>20</sup>.

No fue así, y tal vez después de la sublevación de Las Alpujarras los lectores españoles entendieran de manera muy diferente la figura de Abindarráez, porque un caballero moro mítico y desmesuradamente encumbrado podía parecerles entonces provocador, ya que para la mayoría cristiana, tras la cruenta guerra habida con los moriscos, sería un enemigo, y eso probablemente acabó por influir negativamente en la definitiva expul-

---

<sup>19</sup> Cfr. LÓPEZ ESTRADA: *El Abencerraje (Novela y romancero)*, pp. 48-49; y M.<sup>a</sup> Soledad CARRASCO URGOITI: *El problema morisco en Aragón a comienzos del reinado de Felipe II* (Valencia-Univ. de Carolina del Norte, 1969), y «Las cortes señoriales del Aragón mudéjar y el Abencerraje», en *Homenaje a Joaquín Casaldueiro* (Madrid: Gredos, 1972), pp. 115-128.

<sup>20</sup> *Ed. cit.*, p. 136.

sión de esta minoría marginada entre 1609 y 1614 <sup>21</sup>. Años antes, sin embargo, cuando se publicó, la intención implícita del *Abencerraje*, si no ando errado, había sido la de ofrecer los medios para que esa contienda no llegara a producirse.

---

<sup>21</sup> Sólo en este sentido aceptaría la interpretación de Claudio Guillén: «Individuo..», p. 191.